



Editorial

El feminismo es una *episteme*, un modelo teórico-explicativo de la realidad o una corriente de pensamiento que permite otras posibilidades de interpretación del mundo en el que vivimos. Toma como punto de partida el hecho indiscutible de que vivimos en un patriarcado heteronormativo arraigado en la cultura, el cual perpetuamos todos los seres humanos constantemente mediante nuestra conducta cotidiana. En este número de *Bitácora* hemos intentado mostrar distintas formas de entender la arquitectura y la ciudad desde la perspectiva de género, que incluye otros acercamientos además del feminismo.

Abordar la perspectiva de género en relación con nuestras disciplinas no sólo se inscribe dentro de la lucha por los derechos de los grupos en desventaja, pero ésta es su faceta más conocida. Aún hay mucho camino que recorrer para lograr que las mujeres y otras identidades sexuales (es decir, la suma de identidad de género, orientación sexual e identidad política) tengan los mismos derechos ante la ley, pero que al mismo tiempo, se reconozcan sus diferencias. Se ha avanzado mucho; sin embargo, quien diga que actualmente se trata y se reconoce de igual manera a hom-

bres, mujeres y homosexuales no se ha detenido a pensarlo. El tema siempre tendrá algo de político, por lo que hablar de las distintas sociedades y los organismos que se han creado, y de los pasos que se han dado en el reconocimiento de estos problemas es siempre pertinente.

Hay diversas formas de entender el género en relación con la arquitectura y el diseño, pero la más común tiene que ver con reparar el daño y dar el debido reconocimiento a la aportación de las mujeres en la historia. Llama la atención la nula mención de muchas mujeres importantes de nuestras disciplinas, omitidas simplemente u opacadas detrás de la figura de algún arquitecto o diseñador importante. En una colaboración entre un hombre y una mujer, el crédito por su trabajo se ha dado casi siempre al hombre, como lo denunció Denise Scott Brown en su momento. La intención de reparar estos errores ha resultado en una lectura reivindicadora que a veces ha caído en victimizar a estas figuras en lugar de verlas como lo que realmente eran, personajes significativos que tuvieron un papel en la formación de la cultura arquitectónica moderna. Como grupo social, muchas veces fueron ellas las que dieron la

bienvenida a los cambios de la modernidad de una forma más permanente y transformadora. Personajes específicos, como Lilly Reich o Eileen Gray, frecuentemente son citadas como ejemplos de mujeres detrás de grandes hombres o son omitidas en los recuentos históricos, cuando en realidad eran importantes por sí mismas y su trabajo fue reconocido en su momento, más allá de su relación con otros arquitectos. Ni la historia oficial ni los intentos reivindicadores han hecho justicia a su posición histórica.

Las interpretaciones del pasado con perspectiva de género han dado lugar a que se incluyan en el análisis aspectos como la sexualidad, el control y el cuerpo en relación con el espacio detrás de las intenciones de diseño de sus autores. Estas interpretaciones actuales nos han permitido acercarnos más a nuestro objeto de estudio, develar nuevas facetas antes ignoradas por otras que únicamente toma en cuenta los aspectos técnicos, programáticos o científicos, que por lo tanto, no alcanzan a dar las explicaciones necesarias ni abren posibilidades para profundizar y ampliar el análisis. Muchas historias quedan en espera de un estudio más incluyente, por lo que habrá que salvaguardar el material de archivo para futuras investigaciones.

Incluir las consideraciones de género durante el proceso de diseño presenta ciertas dificultades: cómo diseñar una arquitectura con perspectiva de género o cuáles son las diferencias en el uso del espacio de acuerdo con los roles asignados. Las exploraciones en este sentido tienen el peligro de caer –de nueva cuenta– en una perpetuación de las normas culturales que el entorno construido nos hace repetir constantemente en nuestro comportamiento (como acudir al baño en un espacio público que te obliga a decidir entre hombre o mujer, una y otra vez). Asociaciones sobre lo que

debe ser femenino y lo que debe ser masculino, o a cuál de los dos géneros le corresponde las labores del cuidado familiar, por ejemplo, son exclusivas de la lectura de un momento específico, la cual podría no ser válida en el futuro y tendría que ponerse en crisis constantemente. Además, se corre el riesgo de no ser incluyente.

Habría que entender que no se trata de perpetuar la construcción social binaria hombre/mujer; la pluralidad de identidades sexuales, que afortunadamente cada vez tiene mayor participación pública, tiene que ser considerada. En este sentido, se abre un mundo de posibilidades gracias a la teoría *queer* y al concepto de performatividad.

La teoría *queer* explica que "género" o "identidad sexual" son construcciones sociales ficticias y limitantes, que incluso lo que es homosexual o heterosexual son nuestros actos performativos, no lo que somos. Por lo tanto, una arquitectura flexible, que desarticule las relaciones naturalizadas entre lo considerado femenino/masculino y que permita distintos usos y acciones en la interacción con la construcción, puede permitir una realidad en la que, de la misma forma que nuestra personalidad es definida por cómo actuamos –y existen muchas personalidades posibles–, nuestra identidad de género sea aquélla que actuamos –o performamos– en nuestro uso cotidiano de los entornos construidos, la cual por lo tanto, puede variar constantemente. La arquitectura y el diseño tienen un papel constante y determinante en la naturalización de todas estas definiciones, por lo que es un tema de suma relevancia para el debate y la reflexión actuales.

Cristina López Uribe